

LA LECTURA COMO FIESTA¹

(ESTEREOTIPOS Y TRANSGRESIONES)

Eloy Martos Núñez

Universidad de Extremadura

Dice Daniel Dennet que aprender es desmontar las preconcepciones y en lectura y escritura hay muchas que atenazan el trabajo del profesor y del alumno. Una de ellas es que la lectura, la biblioteca o el libro tienen un valor en sí mismo, por ejemplo, el énfasis en un canon de lecturas o en una determinada metodología, cuando todo apunta a la variable crítica es la forma en que profesor y/o alumno se apropian de todos esos recursos. Todo está muy bien, pero si no se produce esa "chispa", el circuito no funciona.

Desde hace más de diez años, el Seminario Interfacultativo de Lectura de la Universidad de Extremadura viene realizando tareas de formación, difusión e investigación justamente en esta especie de linde entre los distintos ecosistemas de la lectura. El mundo de la biblioteca, el mundo de la enseñanza, el mundo de la creación y el propio mercado son a veces vectores que no van en la misma dirección –lo cual es normal–, pero hace urgente una buena educación lectora precisamente para que se capacite al estudiante en lo más importante: dar instrumentos y clave de lectura, elegir, y luego saborear lo que lee. Ayudar a conceptualizar estas cuestiones es importante si no queremos caer en la banalidad, el mimetismo o el activismo sin más.

Ciertamente, los educadores no somos esos magos o druidas de las fantasías épicas, al modo de "El Señor de los Anillos", no tenemos todas las respuestas ni rutas hacia una sociedad más igualitaria y librepensadora, que forme ciudadanos y, en particular, los lleve hacia una educación literaria y artística, gracias precisamente a la lectura, en el sentido más amplio de la palabra, incluyendo, claro, la lectura del cine, la televisión, Internet, etc. Pero sí debemos estar alerta contra las preconcepciones de todo tipo.

¹ Alberto M. Ruiz campos, *Revisiones I*, Universidad de Huelva, 2010

1. La lectura: estereotipos y transgresiones

La herencia de Occidente ha privilegiado el libro como fuente de cultura, y ha asimilado incluso el arte de la palabra al objeto mismo, con la hábil metonimia libro-literatura, que, como todo el mundo sabe, procede del latín “litera”, letra. No ha tenido la misma fortuna el campo de la oralidad, no decimos “oratura” sino –un poco contra natura– “literatura oral”. De hecho, la biblioteca ha venido siendo ese depósito sacralizado de la literatura, cuya compleja realidad parece ser abarcada por sus estantes y secciones. Y, para concluir este punto, se produce el solapamiento más engañoso al crear una ecuación entre libro y lectura, cuando la actividad interpretativa, según explican las teorías más expertas (y.g. estética de la recepción) conlleva toda una serie de filtros y variables que crean multitud de intertextos y de situaciones individuales diferenciadas, de modo que el “horizonte de expectativas” de cada lector marcará la forma en que “dialogue” –o no– con cada uno de los libros de ese estante. Por tanto, los estereotipos en torno al libro como fuente de saber profundo, ocio o simple información determinan relaciones muy pragmáticas y a veces “encasilladas” que conocen bien los profesores que tratan de fomentar la animación a la lectura.

Leer, pues, como “un trabajo”, un “número determinado de obras”, con necesidad de “resúmenes” o “comentarios” son ejemplos de una forma sesgada de lectura cuyo fracaso se ha demostrado, y leer, en cambio, “como quien busca algo” nos sitúa en el terreno de la apropiación personal, de los valores, de la lectura-fiesta, como decía Laín Entralgo, y ahí sí que se da una transgresión mayor respecto a las conductas más convencionales, que asocian la lectura sólo a la información o a un saber enciclopédico. Esto tampoco significa que sólo haya de hacerse lectura lúdica, extensiva o dinamización superficial: significa lo que decíamos, hemos de estar atentos a los nuevos lectores y a las nuevas formas de lectura.

2. Ampliar continentes y contenidos de la lectura.

Cuando el Seminario de Lectura organizó el pasado Simposio de Universidades Lectoras, en un espacio inusual, el Palacio de Congresos de Badajoz, con un enfoque igualmente de ofrecer recorridos y actividades simultáneas, estaba igualmente apostando por una forma de lectura alternativa, donde se subrayaba la “lectura paseando”, en voz alta, en escenarios que obligaban a socializar de distintas maneras y con espacios llamados intencionadamente “tuneado” de libros o cuentacuentos, es decir, espacios para ser “apropiados”, para dar el protagonismo no a los profesores, escritores o libros en sí, sino a ese proceso mismo de personalización, a que las personas y los libros, los niños y las lecturas se integren como nos describe Fahrenheit 451, viviendo en cada uno, siendo elegidos y queridos por cada persona.

Ciertamente, la biblioteca no es ya afortunadamente ese depósito o “cementerio” de libros, pero puede potenciar del mismo su papel, no ya como centro integrador de aprendizajes, sino siendo “tuneada”, apropiada por los propios alumnos. La mejor manera de desmontar una preconcepción (“un libro es lo que hay en una biblioteca”) es precisamente multiplicando las estrategias de presentación y formato de las lecturas.

¿Cómo? Usando todo tipo de elementos e instalaciones: el techo, las paredes, los pasillos, las escaleras, el ascensor (véanse las fotos de la experiencia en el Centro Cultural de Mérida)... creando, pues, una continuidad con el espacio mismo del aula y de la biblioteca. Claro está que hay muchas posibles actividades y estrategias, pero de lo que se trata, ante todo, es de ensanchar el horizonte de experiencias lectoras, ampliando los continentes y contenidos de la lectura. Conseguir “desautomatizar la percepción” del que mira y participa. Algo que en España pretendió el escritor Ramón Gómez de la Serna con su reivindicación del mundo estético del circo, de los mercadillos, en fin, de todo lo que llevase a mirar la realidad con otros ojos, a recontemplar las imágenes de una poesía desde ópticas muy diversas (por ejemplo, el humor, las greguerías) o a adentrarse en los mundos imaginarios de la ficción.

De este modo, leer es como viajar, una aventura donde es preciso un buen acompañamiento (el profesor, el animador) y un bagaje mínimo, que es precisamente lo que debe procurar la educación. Como explica F. Savater glosando a W. Benjamin, las narraciones primordiales siempre han sido

utilitarias, siempre han contenido advertencias o “avisos” para ese caminante que es el lector, y siempre ha buscado aquel adagio clásico de deleitar y enseñar. Los textos artísticos son, en efecto, un “campo de minas” que ponen a prueba la pericia del lector; lo son por todas las convenciones y complicidades con el lector que ponen en juego; lo son por lo que dicen y por lo que callan; lo son por los indicios medio ocultos con que el libro, como si fuera un sistema de semáforos, orienta al lector, paso a paso.

Pero no todo es este mundo demiúrgico, imaginativo que comparten los “llamados a este banquete”. En la dura realidad -una realidad cada más conflictiva- la lectura, como decíamos, se solapa con el libro y con el mercado, y entra en un espeso engranaje industrial y comercial, donde, como diría Antonio Machado, se confunden las voces y las ecos. De tal modo que la lectura en el sentido más noble de la palabra viene a ser sustituida por una serie de intereses consumistas, best-sellers y lanzamientos comerciales, donde todo es un gran montaje planificado y donde el libro sólo es una pieza más de un merchandising global, que, como en la Guerra de las Galaxias, comparte un discreto espacio con el cómic, la película, el videojuego y otra serie de productos clónicos. Bueno, un poco de humildad tan poco viene tan mal.

Y eso que nunca ha habido mayor capacidad real para que nuestra generación de niños y jóvenes sean auténticos lectores, y nunca, por ejemplo, la literatura infantil y juvenil ha tenido el público que está teniendo en la actualidad, con una capacidad realmente transgresora, de autoexpresión, y contraria por tanto a exclusiones y censuras de toda índole. Sin embargo, en el marco mediático en que vivimos, la literatura no sólo comparte su espacio con las necesidades de una industria -por más que le llamemos “cultural”- sino que también comparte espacio, inevitablemente, con otros mundos discursivos más accesibles para un gran público, como el cine o el cómic. De modo que la intertextualidad, como resorte interno de la cadena de los textos literarios, se contamina en realidad de lo que el mercado ofrece, de lo que está en los catálogos, y la interdiscursividad se hace palpable cuando asistimos a los múltiples casos en que los niños conocen una historia no por su referente literario sino por las versiones en cine, dibujos animados, etc.

3. Áreas sensibles: valores y educación multicultural y del patrimonio.

Ciertamente, el descubrimiento del niño/joven como mercado ha generado una política de editoriales y colecciones de dudoso gusto, con reclamos de toda índole, donde todos –autores, editores y mediadores, así como la escuela o los padres– han actuado según visiones parciales del asunto. Por ejemplo, es conocido que Enyd Blyton fue objeto de reprobación en Inglaterra precisamente porque en sus historias la familia o la escuela no salía a veces bien parada, y era el mundo natural de la pandilla o los “camaradas” donde se desenvolvía más a gusto sus héroes. Del mismo modo, la carga moralizadora de la literatura infantil/juvenil, desde sus inicios, ha buscado moralejas y practicado exclusiones en los cuentos tradicionales más conocidos. Sólo los ejemplos “frescos” de Peter Pan, Pippa Calzaslargas, Alicia, Guillermo Brown, Momo y tantos otros nos arrojan un tipo de héroe infantil/infantil que ve la realidad desde una perspectiva radicalmente opuesta a la de los adultos, de ahí su sentido lúdico y transgresor (el triunfo de los “proscritos”, como dice F. Savater, es el caso de los piratas, fugitivos que luchan contra tiranos y defensores de todo tipo de causas perdidas), y de ahí también esa frase ejemplar de P. Barrie, el autor de Peter Pan, que resume lo que es la literatura infantil: “todo lo que pasa a partir de los 12 años es ya insignificante”.

Precisamente, apostar por la ficción fantástica o por el patrimonio cultural en su más amplio sentido es una forma también de abrir el arco de posibilidades de lectura. Ciertamente, lo que se llama herencia cultural o patrimonio no debe estar sólo en los museos ni al alcance exclusivo de los eruditos. En particular en lo referido a UNESCO ha llamado el patrimonio intangible o inmaterial, es decir, el conjunto de mitos, leyendas, refranes, canciones, ritos, símbolos, músicas... que conforman la identidad de un pueblo pero que, a diferencia de las piedras o los monumentos, son mucho más evanescentes o “volátiles”. Si la UNESCO va por todo el mundo catalogando monumentos patrimonio de la humanidad, ¿por qué no se podría hacer otro tanto respecto a conjuntos mitográficos tan cercanos a nosotros como La Serrana de la Vera, la iconografía y mitología sobre Hércules en la península y tantos otros ejemplos de mitos y leyendas, o con otros tesoros humanos vivos que aún tenemos, personas que son memoria viva que atesoran historias, leyendas o romances únicos.

Estamos en un mundo en que nuestros alumnos ven entusiasmados las sagas de Tolkien, o Expedientes X o las series como Embrujadas y todo tipo de producciones apoyadas más o menos en la mitología. Sin caer en un falso localismo, como hicieron los románticos a propósito de las leyendas, sí parece justo reivindicar el papel del imaginario ibérico y mediterráneo para que nuestros cuentos, leyendas, mitos o romances sean, al menos, tan conocidos como las historias que circulan a través del género fantástico (cultivado en su inmensa mayoría por anglosajones).

El entorno internacional es favorable, pues la globalización ha acarreado, tal vez como reacción, un interés por las culturas locales. Pero ya no se trata de volver al localismo o nacionalismo de los románticos, a buscar la etnicidad o lo que nos separa, sino más bien lo que nos enriquece a todos desde la diferencia. Y desde la comparación, como han hecho M. Eliade o G. Dumézil, en torno a cuya ideología trifuncional de los indoeuropeos, la cual, por cierto, se ha escrito que debe cimentar la identidad de Europa.

En cuanto al entorno nacional, hace 25 años se publicó Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España, de Fernando Sánchez Dragó. Goce o no de excesivas simpatías académicas, tuvo la valentía, como García Atienza y otros, de indagar temas tabú. Hace poco, Antonio Ruiz acaba de sacar Los hijos de Túbal. Dioses y Héroe de la España Antigua, que entronca la mitología con la España mágica, y todo el mundo conoce el éxito de programas como Cuarto Milenio. Y, si hablamos de Extremadura, hay colegas que han trabajado en casi todos estos campos, sólo falte quizá un marco conjunto y coordinado de trabajo... Además, ambos campos de trabajo se entrelazan cuando consideramos la proyección del imaginario luso e hispano en Iberoamérica, su relación con las culturas indígenas, enlazando así con la necesaria educación multicultural.

En fin, no cabe una actitud nostálgica, ni romántica ni complaciente hacia los estos temas, pero, como urdimbre de nuestra memoria cultural, nos deben servir para construir una identidad, que debe ser crítica y regeneradora. Como ocurrió con el mito de Viriato, de obsoleto paladín patriótico del franquismo, hoy se nos ofrece con connotaciones y significados más ricos. Porque repensar y vivificar nuestros mitos colectivos es la vía de construir una memoria común.

4. El papel del profesor y de la biblioteca.

“El guardián de los libros” de Borges

Pues bien, mantener ese niño que todos llevamos dentro es desde luego la impronta que más se parece a las transgresiones de que hablamos. Es lo mismo que hace El Guardián de los Libros del maravilloso poema de J.L. Borges.

Ciertamente, este custodio de los libros del poema, llamado Hsiang, no se puede decir que sea exactamente ninguno de los roles asignados al ámbito del libro y la lectura. No es un bibliotecario, pues confiesa no saber leer, ni un escritor o un lector al uso, ni un intelectual, sino alguien más sencillo, el que “vigila”, el que custodia esos libros con la convicción de su singularidad, por eso lo explica con continuas imágenes sobre la experiencia y el tiempo. El libro, los libros, sobreviven y explican –es decir, despliegan– el mundo, cuyos límites se confunden, como luego dirá en La Biblioteca de Babel, con los del propio universo. Infinitud laberíntica, perplejidad, conciencia en fin sobre los hilos que unen lo real y lo imaginario, lo pasado y lo que está en los libros, con la idea medieval y mística, a fin de cuentas, de la salvación y preservación de todo este caudal –el padre de mi padre salvó los libros–.

Estos libros que nuestro enigmático personaje guarda en la torre sí que nos evocan el mundo de los libros secretos y prohibidos, de la censura y la exclusión respecto a quienes no se ha dado acceso a estos “tesoros de la lectura”, de toda esa gente humilde o marginada que se ha quedado a las puertas de este inmenso tesoro, aunque estos primeros atisbos sean ya una forma de vivirlo, “qué me impide soñar / que alguna vez descifré la sabiduría”, dice el poema.

La torre, la casa, el cuerpo, el mundo... metáforas en suma del universo cuya correlación (en especial, cuerpo- casa-mundo) ha puesto de evidencia M. Eliade. El libro, los libros que están en la torre son en realidad las historias que pueblan nuestra imaginación, de ahí esa vinculación simbólica, ese destino que en Borges, a diferencia de Kafka, es bastante más gozoso, en la medida en que es como las vías ascética o iluminativa del conocimiento de Dios.

En coherencia con esta imaginería borgiana, parece claro que el objeto de la enseñanza de la lectura y de la literatura no es crear lectores o

consumidores modelo que comprenden todo lo que el mercado les ofrezca, sino, al contrario, crear lectores críticos, disidentes, con capacidad de asombro, cercanos a la realidad literaria como lo está nuestro guardián de los libros; ello implica estar dotado de una suficiente "competencia literaria", esto es, de habilidades capaces de descifrar y entrar en complicidad con los textos que no proporcionan ni las campañas de marketing ni las buenas intenciones de los padres -que buscan afanosamente el libro adecuado el día del cumpleaños del chico-, ni siquiera Internet en sus vastos dominios. A pesar de su aparente desfase en esta era de la información, sigue siendo la escuela, el maestro el principal agente de "contagio", el transmisor de este "virus" de la lectura (tal como acontece en "Fahrenheit 451" de R. Bradbury) ya que los libros sólo pueden sobrevivir de verdad, al igual que la Emperatriz Infantil de Ende, en la imaginación viva de los lectores, y no en los estantes. Por consiguiente, leer es actualizar el potencial de sentido que tiene una obra, y para ello -otra perogrullada- hay que enseñar a leer, pero no de este modo apresurado o superficial que hace el "lector ingenuo", el que lee todo como si estuviera ante las páginas de una guía telefónica, sino haciendo "surcos" en la lectura, favoreciendo eso que se llama "el lector experto", el que de verdad dialoga con el texto hurgando en todos sus recovecos, el que va siguiendo las pistas o formulando conjeturas sobre ese universo que se va construyendo ante sus ojos.

Así, es conocido que los lectores del s. XVII entendieron el Quijote como una obra festiva, jocosa, y que sólo lectores más avezados han sabido con el tiempo descubrir ese tejido inconmensurable de dobles sentidos, ironías y apuestas por el ser humano que es posible ver, entre líneas, al trasluz de gigantes, molinos, manteadores y otras anécdotas. Lo mismo pasa con la literatura infantil/juvenil: los niños están conociendo a los clásicos, como Perrault, los Grimm, Andersen, Stevenson, Salgari y tantas otras a través de versiones sesgadas, podadas o coloreadas al modo más burdo, cuando no de escandalosas versiones en dibujos animados o películas que coinciden todas en simplificar, alterar o reducir la riqueza del texto a una serie de caricaturas, truculencias o efectos que se suponen van a distraer al niño.

Con estas caricaturas o adaptaciones de bajo nivel (y presupuesto, no olvidemos el componente económico de estas ediciones) no se logra desde luego un lector más diestro y sensible, por no hablar del tema de los

valores, ni se respeta esa manera específica de leer de los niños, abiertos al mundo de la creatividad. Conscientes, como los amigos del Quijote, del “peligro potencial” de los libros, debemos no expurgarlos o censurarlos pero sí ayudar a los niños a moverse en esta maraña del mercado y a formarlos como lectores antes que como simples consumidores, en suma, a embarcarlos en esa aventura que lleva a descubrir el “tesoro” oculto en muchos de estos libros. Tesoros, pues, de la lectura para formar los niños de hoy y los ciudadanos de mañana, si queremos que sean más libres, tolerantes y críticos con la realidad –sin duda, dura, como todas- que les tocará vivir.

5. Las TIC y la lectura: la nueva Biblioteca de Babel

J.L. Borges nos habla en su cuento del universo como una gigantesca biblioteca de infinitas moradas por donde deambulan jefes de sección, gerente, traductores y simples lectores. Cada cual tiene su ocupación en ella, aunque los hay que codician los códices secretos que otorgan fama y poder, acaso el catálogo de los catálogos. Borges nos describe una abigarrada tipología de gentes: los buscadores oficiales, los charlatanes, los escépticos y, especialmente, el Hombre del Libro, que, como el Guardián del Libro que acabamos de citar, actúa como un funcionario remoto que custodia en alguna recámara la palabra perdida, el libro que es cifra y compendio de todos los demás.

Lo que más nos interesa ahora es esta metáfora del mundo como signo o texto laberíntico, mundos sobre mundos, que encuentra su eco en la crítica moderna, desde semiólogos como I. Lotman y su visión de la cultura como una articulación de códigos, a las imágenes no menos sugerentes de W. Mignolo, y sus especulaciones sobre el lector experto y el lector ingenuo, y a nivel del texto, sobre las diferencias entre la comprensión teórica y la comprensión hermenéutica.

Ciertamente, leer es interpretar signos, descifrar, iniciar una aventura hermenéutica que es a menudo iniciática, porque emprender una aventura –lo constatamos en los cuentos de hadas y en los mitos- implica siempre saber

distinguir correctamente las señales que nos salen al encuentro, tomar las decisiones correctas, en eso se resume el papel del héroe, no sólo en actuar sino en discernir por ejemplo qué camino o quién puede ser el agresor o el traidor, cuyos signos son evidentes por formar parte de un código ya analizado por V. Propp (entra de forma taimada en la escena, dirige palabras engañosas...).

El lector superficial pasea feliz por la Biblioteca de Babel, no tiene el asombro o la inquietud que le lleve a plantear inferencias o a formular conjeturas, es un lector de primer nivel, un “paseante”, no un experto, y por eso no sabe diferenciar una lectura literal y una lectura entre líneas.

El lector experto, en cambio, como un arqueólogo, sabe moverse por las paredes y jeroglíficos de estos recintos de espejos multiplicadores que son el mundo de la lectura, tiene más pertrechos, sabe procesar la información con distintas técnicas, graduar la “lente” de su entendimiento para captar mejor un grupo de signos y relacionarlos, si cabe, con otros trazos y lugares antes recorridos.

Ciertamente, las Nuevas Tecnologías parecen haber trastocado un poco esto en el sentido de que el lector experto debe moverse no con la morosidad de un arqueólogo que lee inscripciones sino con la vertiginosidad de quien toma los mandos de un videojuego, tal es la multiplicación de salas y enseres que nos propone la “sociedad de la información “. De todos modos, Internet es una magnífica analogía de la Biblioteca de Babel, incluso en su aspecto laberíntico y cambiante. El mundo de Internet es un mundo donde los textos, al igual que en la tradición oral, son más evanescentes o inestables, aparecen/desaparecen a través de distintos planos, saltan de un lado a otro gracias al lenguaje hipertextual, cohabitan con otros elementos de una página web, etc. Por eso decíamos que ya no se puede asociar de forma total la lectura experta a la lentitud, o al lento escrutinio del arqueólogo y sus fuentes.

De hecho es tal la avalancha de información que se nos viene encima que es preciso adiestrar a ese lector inexperto a “sobrevolar” el texto, a “cazar al vuelo” los mensajes... Así que, de este retablo inmenso que es Internet hay que saber bien dónde ubicarnos porque desde luego la pantalla de Internet –incluso cuando tenemos una biblioteca digital delante– se presta a que trabajemos como lo que es, una ventana abierta a otras informaciones,

que como un universo cerrado. Lo cual nos lleva a otra analogía borgiana, el ALEPH, la ventana abierta al mundo y al conocimiento.

Sostienen algunos autores que la literatura infantil nació o se consolidó con los cuentos infantiles de la época de Perrault, como una especie de hijastra de la pedagogía y del folklore, y, en esta nueva cibercultura, la globalización también nos impone nuevos mestizajes. No vamos a analizar cuáles son los todos los componentes, pero lo que sí es cierto es que Internet está integrando rápidamente textos y discursos, por eso es posible encontrar en una biblioteca digital clásicos, autores contemporáneos, foros de discusión con aportaciones y reseñas de los lectores, imágenes o archivos audio, contenidos literarios en formato audiovisual o multimedia y todo un sinfín de recursos, como el e-book o libro digital, o la reciente proliferación de blogs, podcast, etc. De esta forma se va haciendo un uso más experto de esta gran Biblioteca de Babel, transitada ahora de mil maneras, entendiéndose por fin que no se trata de sustituir lo analógico por lo digital, el papel por la pantalla, sino de poder transitar todas las variedades de moradas que componen este bosque de signos.

Por eso hay que reivindicar el enfoque cultural del tema, la perspectiva de I. Lotman y su Semiótica de la Cultura o el enfoque del francés Pierre Nora, y su metodología de los lugares de memoria (lieux de mémoire), porque ambos entienden el patrimonio cultural como la memoria viva de una colectividad, y lo literario, visto así, es menos un sótano donde los libros se apilan entre el olvido que un bloque de oficinas –eso sí, a veces kafkiano– donde circulan los expedientes y archivos. Por qué una cosa tuvo importancia en su día y ahora yace olvidado (como un yacimiento arqueológico) y por qué otro libro o texto es percibido por la colectividad como parte viva de su identidad, es algo que Borges trata de desvelar a veces con su discurso de la perplejidad, por ejemplo, a propósito del Quijote.

Pero lo cierto es que hay hitos literarios de nuestra cultura y otros textos en penumbra, en semi-obsolencia. Y otros, en cambio, en un auge creciente, como ocurre con la llamada literatura fantástica: ni el uso de estereotipos propios de la paraliteratura explican del todo el auge actual de la ficción fantástica entre los jóvenes, sino que ello está muy relacionado con las nuevas prácticas culturales de la lectura y con géneros muy próximos a la narrativa posmoderna, como las sagas o series novelescas fantásticas (Stars War).

De hecho, la propia composición de las sagas como una serie de libros o “entregas”, con sus precuelas y secuelas y su tendencia a ser escrita por varios autores (escritura alógrafa) abre interrogantes sobre los conceptos clásicos de “obra” y “autor”, y a ello está contribuyendo su relación con prácticas culturales como el fanfiction o los blogs. Sobre el fundamento de conceptos como “transficcionalidad” (cf. R. Saint-Gelais), debemos indagar los nuevos modos de lectura apropiados para estas narraciones seriales, volcados más hacia una lectura extensiva y multimedial. Igualmente, es de destacar el papel emergente de las mitologías modernas que a partir de patrones folklóricos conocidos (por ejemplo, la cosmogénesis), están creando mundos, personajes e historias de gran éxito entre los jóvenes en Europa. No obstante, la mercantilización también está produciendo, como denuncia Singer, mecanismos de falsificación (fake lore/folklore), que él ejemplifica con cuentos y mitos de los indios nativos de USA, pero que nosotros podemos aplicar fácilmente a las tradiciones de los clásicos infantiles (Caperucita, Bella Durmiente...) en sus versiones Disney, lo cual se da además en muchas otras editoriales, con traducciones, adaptaciones, etc. más que discutibles.

Así pues, la Biblioteca de Babel, podríamos decir, está llena de trampas, de espejismos, de “trompe l’œil”, y ese mundo de “ilusiones” y de efectos es especialmente pertinente cuando se habla de literatura para niños o jóvenes. En suma, la lectura es un mundo sobre otro mundo, un mundo mental o “virtual. La literatura es, pues, esa vastedad de la Biblioteca de Babel, ese archipiélago de desconocidas islas y playas por visitar por Robinsones apenas pertrechados. El profesor es ese mediador, ese guía que avisa sobre itinerarios, rutas, estado del tiempo... que da apoyos, como dar esos “hilos de Ariadna” para moverse por el laberinto o inducir a jugar con el intertexto del lector (cf. A. Mendoza). Importan, pues, todos esos pequeños detalles que pueblan los cuentos de Borges: las lentes, el atril, la mesa, la luz, los espacios –físicos y mentales– de la lectura.